

medio para poner en egecucion un consejo tan saludable.

Despues de tres meses de una enfermedad epidémica, fruto de su caridad en asistir á los enfermos en un hospital, le avisaron los médicos que á lo sumo podria vivir ocho dias: lo que le causó tal gozo, que habiendo entrado á la sazón en su cuarto un compañero suyo, „sabes (le dijo) la buena noticia que acaban de darme? Solo me quedan ocho dias de vida: vamos á rezar el *Te Deum*, para dar gracias á Dios por tan grande beneficio.” Habiendo llegado otro jesuita: „Padre (esclamó con el mismo regocijo) esto va á acabarse. Alégrese usted conmigo por la feliz suerte que me toca.” En los mismos términos escribió á la Princesa, su madre, muger tan fuerte y cristiana, que tuvo la misma satisfaccion que su hijo, despues de haber aplaudido su retiro y todos sus sacrificios religiosos. „Si la caridad (la decia) llora con los que lloran, y se alegra con los que se alegran, trendreis mucho gusto en saber lo contento que estoy, porque me acerco al término en que ya no se teme perder á Dios. Yo miro esto como el mayor favor del cielo, y os suplico que os mostreis agradecida á esta infinita bondad; á lo que faltariais seguramente si lloraseis por muerto al que va á esperaros en la verdadera mansion de los vivos, donde unidos uno y otro con el Autor de nuestra salvacion, gozaremos un placer infinito en celebrar sus misericordias.”

Sus compañeros y amigos, que habian experimentado

muchas veces los efectos milagrosos de sus oraciones, le hicieron las mas fuertes instancias para que pidiese á Dios el recobro de su salud; pero él les respondió constantemente con estas palabras de San Pablo: *Vale mas morir*. Muchas veces esclamaba, estimulado de los vivos ardores del amor divino: *Deeseo deshacerme, y estar con Jesucristo*.

Sus parientes, los cardenales de Gonzaga y la Rouere, iban á verle con mucha frecuencia, y se informaban de su estado con el mayor interés. Con este objeto de evitarles esta molestia, se ofreció el rector, á enviarles un diario exacto de todas las novedades que tuviese el enfermo, á lo que respondieron, que no solo les eran agradables aquellas visitas, sino que tambien aprovechaban mucho á sus almas. Estando atormentado de la gota el cardenal Gonzaga, hacia que le llevasen á la cabecera del enfermo, y sentian en gran manera separarse de él. Fue éste el que le ayudó á vencer los obstáculos que se opusieron por mucho tiempo á su vocacion. Un dia le dijo el Santo, penetrado del mas vivo agradecimiento: „¡Cuánta razon os miro como á padre! A vos os debo todos los beneficios que recibo de Dios. ¡Ay hijo mio (respondió el cardenal enternecido y lloroso), es mucho mas lo que yo te debo, que lo que tú me debes á mí. Tú eres mi padre y mi maestro en las cosas de Dios. De todos los Príncipes de mi casa (dijo despues, volviéndose á los circunstantes) éste es el mas dichoso.”

Preguntó despues el enfermo al sábio Belarmino,

de Suiza y de Francia, á beneficio de la regencia de que estuvo encargado durante la menor edad de su sobrino el elector Federico IV. Despues de la muerte de Casimiro, intentaron inútilmente los luteranos restablecer en aquel país el egercicio de su religion, la cual halló en el gobierno una resistencia insuperable: y las recomendaciones que mendigó del Emperador produjeron tan poco efecto, que solo sirvieron para humillarla mas y mas; de forma, que todas las concordias celebradas entre estas sectas inconciliables, quedaron rescindidas con la misma frecuencia y facilidad con que se juraron.

54. Antes que la infeliz Germania hubiese añadido esta nueva escena al espectáculo deplorable que ofrecia continuamente, desde que un gran número de iglesias de aquella nacion se habian separado de la Silla apostólica, bajo cuya direccion estuvieron tan florecientes en otro tiempo, murió el Sumo Pontífice Gregorio XIV, á 15 de Octubre de 1591, á los diez meses y diez dias de Pontificado. A 29 del mismo mes le sucedió el cardenal Juan Antonio Facchinetti, boloñés, y tomó el nombre de Inocencio IX. Desde que entró en el Pontificado se dirigió con tanta prudencia, y manifestó unas intenciones tan rectas, que se hizo igualmente recomendable al clero, á la nobleza, al pueblo y á los ministros extranjeros. Pero fue tambien uno de aquellos Pontífices que dan grandes esperanzas, sin poder realizarlas ni desmentirlas, pues murió á los dos meses.

55. La muerte precipitada de tres Papas movió á

los cardenales á elegir, el dia 30 de Enero del año siguiente 1592, al cardenal Hipólito Aldobrandino, que no tenia mas de cincuenta y seis años, y era generalmente estimado del sacro colegio (1). Nadie pensaba en él cuando le propuso el cardenal Peretti, y en un momento reunió casi todos los votos. Luego que oyó que le proclamaban, se arrodilló, y pidió al Señor que le quitase la vida si su eleccion no habia de ser útil á la Iglesia. Habiéndose levantado, tomó el nombre de Clemente VIII. Era natural de Fano, en las costas del mar Adriático, de una familia noble, oriunda de Florencia. En el espacio de mas de trece años que ocupó la Silla apostólica, se portó como debia esperarse de las disposiciones con que habia entrado á ocuparla.

Sin embargo, se dejó engañar de los comuneros acerca de las turbulencias con que estaba agitado entonces el reino de Francia; bien que era muy difícil descubrir la verdad. Persuadido á que iba á perderse enteramente la religion en aquellos dominios, y que aun en lo temporal hacia infelices á sus vasallos el nuevo Rey, dirigió el Pontífice un breve en forma de bula al cardenal obispo de Plasencia, que hacia en Francia funciones de legado desde que se retiró Cayetano, mandando á todos los franceses católicos elegir un Rey que profesase su creencia. Se registró esta bula en el parlamento de París; pero el tribunal de Chalons espidió inmediatamente un decreto de

(1) *Chac. vit. Pontif. t. 4. ad ann. 1592. — Thou, l. 103.*

comparecencia personal contra el legado, y una provision contra el registro del breve.

56. Conociendo Enrique IV que todo esto era perder el tiempo, y que su corona la habia de ganar con su espada, resolvió apoderarse de la ciudad de Roan, no menos importante por su situacion, que por su opulencia y grandeza. Por las mismas razones los parisienses y el duque de Mayenna, reclamaron el refuerzo que les habia prometido el duque de Parma, el cual llevó á Francia un ejército, y contentándose con hacer levantar el sitio de Roan, y apoderarse de la villa de Candebec, donde fue herido, pasó á los Paisés-Bajos, y murió allí el año siguiente. Despues de haber perseguido inútilmente Enrique IV al duque de Parma, que justificó con sus marchas la reputacion que tenia de ser uno de los mayores capitanes de su siglo, fue á cerrar las avenidas de París, tomando las ciudades y pueblos inmediatos, y poniendo guardias en los caminos reales y en los rios.

En las provincias meridionales conservó al Rey el duque de Epernon la ciudad de Montalban, que era el principal baluarte de su partido en aquellos paisés, y que el duque de Joyeuse pensaba tomar para aumentar el poder de la liga. A fin de facilitar Joyeuse esta conquista importante, habia ido á poner sitio á la ciudad de Villemure, situada cerca de Montalban. No se detuvo Epernon, sino que le acometió en su propio campo, le derrotó, á pesar de su vigorosa defensa, y para mayor desgracia, Joyeuse, que,

á lo menos por su valor, era digno de un fin mas brillante, se ahogó en un rio adonde le precipitó su caballo.

Pensaron los de Tolosa en elegir por sucesor de Joyeuse á su hermano el conde de Bouchage, que era á la sazón capuchino, y habia tomado el nombre de fray Ángel; y habiéndoselo propuesto, se escusó desde luego, diciendo que no le era lícito abandonar el sistema de vida que habia profesado (1). Se hicieron muchos elógios de su piedad; pero un gran número de teólogos y algunos obispos decidieron, que en conciencia podia dejar el claustro, siempre que obtuviese dispensa de los votos, y que estaba obligado á ello, pena de pecado mortal, por tratarse de conservar la religion. Luego que se concedió la dispensa, fueron volando los entusiastas al convento de capuchinos, sacaron de él á fray Ángel, le llevaron al palacio arzobispal, y habiéndose encargado desde luego este hombre singular de la parte militar del gobierno, y el cardenal, su hermano, de la civil, gobernó despues aquella provincia por sí solo, y se mostró constantemente uno de los mas firmes apoyos de la liga.

57. A 17 de Mayo de 1592 murió en Villareal del reino de Valencia, en España, San Pascual Bailon, religioso del órden de San Francisco (2). Habia nacido en una humilde choza, en la diócesi de Sigüenza, y se ocupó en guardar rebaños hasta los veintidos

(1) *Thou, l. 103. — Descall. vid. de Fr. Ang. de Joyeus.*

(2) *Papebr. et Baill. ad 17. Maii.*

años de edad, en que le inspiró Dios una santa inclinación á otro género de soledad. Se retiró á un convento de franciscos descalzos, donde por espacio de cuatro años sirvió en los oficios mas viles, y luego le dieron el hábito de lego. En este estado, tan despreciable á los ojos del siglo, persistió con una perseverancia invariable en la práctica de la pobreza, en la paciencia, en las austeridades mas rigurosas, y en una profunda humildad, manifestando el cielo sus heroicas virtudes con una multitud de milagros obrados en su sepulcro. La bula espedita para su canonización dice, que con toda seguridad se le coloca en el catálogo de los Santos.

58. En el año siguiente tuvo origen la congregacion de la Doctrina Cristiana, cuyo fundador fue César de Bus, natural de Cavaillon, de una familia noble, oriunda del Milanesado. Despues de haber dado en algunos estravios, de que pocas veces se liberta la juventud, tuvo César una conducta muy arreglada y egemplar, renunció muchos beneficios simples que gozaba, y admitió un canonicato por nombramiento de su obispo, para convertir aquella prebenda en un método de vida austera y penitente. Luego que recibió el sacerdocio, mostró una aficion particular á catequizar á los fieles, y principalmente á los pobres. Se acreditó su modo juicioso y metódico; tuvo muchos imitadores, estimulados de su celo egemplar, y no tardó en verse rodeado de un gran número de eclesiásticos laboriosos. Entonces escribió al Papa, suplicándole que aprobase aquella asociacion, y

Clemente VIII se puso en manos de Taurusio, arzobispo de Aviñon. Este prelado que estimaba mucho la virtud de César, y estaba prendado de un instituto cuyos frutos eran ya célebres en aquel país, no se contentó con aprobarla, sino que la cedió en su ciudad arzobispal la iglesia de Santa Práxedes, desde donde fue trasladada despues á la de San Juan. Promovido Taurusio al cardenalato, hizo que la santa Sede confirmase, pasados cinco años, esta nueva congregacion. Continuando el piadoso fundador en instruir á los fieles sin ninguna intermision, perdió la vista trece ó catorce años antes de su muerte, que se verificó en el dia de Pascua, 15 de Abril de 1607. Dejó escritas unas instrucciones familiares, que son todavía muy apreciadas. Esta congregacion fue reunida por Paulo V á la congregacion italiana de los somascos, reducida despues por Inocencio X á una órden particular, con un general francés. Luego se dividió en tres provincias, á saber, Aviñon, París y Tolosa.

59. Apesar de la dureza aparente de Clemente VIII, habia enviado á Roma Enrique IV de parte de los católicos, al cardenal de Gondi, dándole por asociado á Juan de Vivona, marqués de Pisani, con facultades para tratar en su nombre. El decreto dado contra el breve del Papa, y la comparecencia personal de su legado, eran únicamente para el pueblo, pues estaba el Rey tan distante de romper con Roma, que no quiso establecer en Francia un patriarca, como se lo habian propuesto muchos obispos, que

si habia algunas almas que no pasasen por el purgatorio. „No solo estoy persuadido de que las hay (respondió este gran doctor) sino que espero, hijo mio, que has de ser tú de este número.” Le llenó de tanto consuelo esta respuesta, que de repente quedó como abismado en Dios, y pasó casi toda la noche en un estado de éstasis. Despues de esto, dijo con alegría y con la mayor seguridad, que su muerte sucedería en el dia de octava del *Corpus*. Habiendo llegado este dia, sin que se advirtiése en él la menor novedad, „moriré esta noche (repitió con un gozo indecible), moriré esta noche.” Con esta firme persuasión hizo que pidiesen el santo Viático, con tantas instancias, que no fue posible resistir á ellas. Ya le habia enviado el Papa la bendicion apostólica, con la indulgencia plenaria para la hora de la muerte: lo que le causó una alegría mezclada con algun disgusto, porque anticipándose de este modo el Padre Santo, hacia una escepcion á favor de su ilustre nacimiento. Entre todas sus virtudes era tan perfecta su humildad, que tenia una verdadera desazon por haber nacido en una esfera tan distinguida. Mientras pudo hablar, profirió de cuando en cuando algunos pasages de la sagrada Escritura, correspondientes al estado en que se hallaba; y despues se quedó en una dulce calma, en que esforzándose todavía á pronunciar el nombre de Jesús, espiró apaciblemente en la noche de la octava del *Corpus*, á 21 de Junio de 1591, de edad de veintitres años, tres meses y once dias.

Luego que exhaló el último aliento, se sintieron

todos penetrados de aquella suspensión religiosa que escita la muerte de los justos perfectos, destinados para patronos de los demás fieles. Por todas partes se oían estas palabras: *Era un verdadero Santo*. Imploraban su auxilio, le besaban los pies y las manos, y buscaban con el mayor empeño las cosas más despreciables que habia tenido, ó de que habia hecho uso. Belarmino protesta que sintió una repugnancia invencible en ofrecer por su alma el santo sacrificio, temiendo injuriar al que solo quiere ser honrado en sus Santos. Los mismos testimonios de veneracion se oyeron por toda la ciudad de Roma. Santa Magdalena de Pazzis, célebre entonces por los dones extraordinarios con que la favorecia el Señor, vió en espíritu la gloria de que estaba gozando en el cielo; y no pudiendo contener dentro de sí misma su admiracion: „Yo quisiera (esclamó) poder recorrer el universo entero, para decir en todas partes que Luis, hijo de Ignacio, es un gran Santo.” No tardó en hacerse general la veneracion, á causa de los muchos milagros que se hicieron por la intercesion del Santo. A los trece años despues de su muerte, obtuvo su piadosa madre el consuelo de ver esponder canónicamente su retrato en su oratorio doméstico. Justa y dulce recompensa del cuidado que habia tenido aquella Princesa verdaderamente cristiana, de escitar y promover en su hijo las virtudes que empezaba á honrar la Iglesia, y que propuso despues al culto público de todos los fieles!

50. La España, libre de los ataques de la heregía

por haberla sofocado cuando empezaba á nacer, dió tambien un nuevo ciudadano á la Jerusalem celestial, en el discurso del año 1591, á 14 de Diciembre, en cuyo dia murió San Juan de Yepes, mas conocido con el nombre de San Juan de la Cruz, digno cooperador de Santa Teresa en la floreciente reforma del Carmelo. Estando casi resuelto á retirarse de una órden, en que buscaba inútilmente lo que habia creído hallar entre los hijos de los profetas, y á encerrarse en la cartuja de Segovia, le persuadió Teresa á que adoptase su proyecto de reforma, sin desmayar por la consideración de las muchas dificultades que habia de encontrar en una carrera tan penosa y delicada. En efecto, padeció todo género de persecuciones por parte de sus antiguos hermanos, y estuvo encerrado nueve meses en un calabozo; lo que no le impidió continuar y llevar á efecto su piadosa empresa, y solo contribuyó á acrisolar enteramente su virtud. En fin, estando ya en sazón para la eternidad, á los cuarenta y nueve años, murió en el convento de Úbeda, en Andalucía, siendo tan venerado y concurriendo en él unas circunstancias tan extraordinarias, que no pudo dudarse de su santidad.

La Reina Isabel contribuía tambien en Inglaterra, pero con un método y un designio muy diferente, á aumentar el número de los Santos. Despues de la muerte del canciller Hatton, muy adicto á los católicos, se publicó un edicto sanguinario, que dió á muchos de ellos la corona del martirio. Con pretexto de las conspiraciones que se tramaban en las islas

británicas, se mandó á todo género de personas, de cualquier clase y condición que fuesen, que denunciasen todos los que se hubiesen establecido en Londres catorce meses antes, y declarasen en qué país habian residido un año antes de trasladarse á aquella capital, como tambien su estado, profesion, ocupaciones y asistencia á los divinos oficios, segun las leyes. Todos fueron preguntados, y los que manifestaban alguna perplejidad en sus respuestas, pasaban inmediatamente á manos de los comisionados, y despues al patíbulo. El tesorero general Burgley, enemigo jurado de los católicos, tenia el encargo de la egecucion puntual del edicto, que por la mayor parte era obra suya, y esterminó todos los sacerdotes que pudieron encontrarse, y aun muchas personas legas.

51. En Cracovia, capital de Polonia, hubo una fuerte conmocion, en que quedaron muertos, ó fueron peligrosamente heridos por los católicos, muchos de los sectarios que se habian reunido en un templo con grande aparato el dia de la Ascension para oír predicar á un ministro reformado (1). Todos los protestantes del país se juntaron en Czermielsko, y enviaron diputados al Rey para pedir justicia; pero esplicándose con la insolencia que acostumbraban, y declarándole que habian determinado reunirse en mayor número en Radom, como tambien que se agregaría á ellos la nobleza de Lituania, le suplicaban

(1) *Thou*, l. 100.

que á la mayor brevedad convocase las córtes, y entretanto le pedian un parage en Cracovia, donde pudiesen egercer su religion con toda libertad. Reinaba entonces en Polonia Segismundo III. Este Principe generoso, de la casa real de Suecia, y católico tan firme que en materia de religion no quiso conformarse jamás con la falsa política del Rey su padre, desestimó la instancia de aquellos sectarios atrevidos, y se mostró muy irritado porque se habian reunido sin órden suya. Lo único que les concedió, porque no podia hacer otra cosa en las circunstancias en que se hallaba, fue permitirles el egercicio de su religion, y que reedificasen los edificios que se les hubiesen demolido ó quemado, haciendo todos los gastos á su costa.

52. Habiendo ocupado de allí á dos años el trono de Suecia, vacante por muerte del Rey su padre, intentó, aunque en vano, restablecer en aquel reino la religion antigua (1). Abraham Dandré, famoso luterano, que habia frustrado siempre los propósitos de conversion del difunto Rey, gozaba, con el título de arzobispo de Upsal, de un poder mucho mayor para oponerse á los buenos designios del nuevo Monarca, el cual no tuvo la autoridad suficiente para hacer que se coronase el nuncio del Papa, que le habia acompañado á este efecto desde Polonia. Despues de muchos debates entre el Rey y las córtes, se vió obligado, por consejo del mismo nuncio, á ceder á

(1) *Puffend. Hist. de los principales estados de Europ. Introd.*

la necesidad, y á recibir la corona de mano del arzobispo de Upsal, que era el principal móvil de esta trama. Además exigieron las córtes, que antes de la ceremonia jurase el Rey solemnemente que no habria en Suecia otra religion que la de la confesion de Augsburgo. A este extremo se vé reducida tarde ó temprano la magestad de la diadema, por las novedades y por las reformas mas falsas en materia de religion.

53. No estaban menos discordes entre sí estas sectas sediciosas, que con los católicos. En Torgaw, ciudad de Sajonia, pidieron los luteranos que se hiciese una pesquisa exacta de los calvinistas; que se les quitase el gobierno de las iglesias y la educacion de la juventud, y que se les escluyese de todos los negocios públicos. Los acusaban para esto de que contravenian á la fórmula del concordato que habian firmado, y de que inundaban el público con libelos injuriosos contra los que se habian dignado de concederles el título de hermanos, tan poco merecido de ellos. Se les concedió lo que pedian, y fueron proscritos los calvinistas por un decreto formal. Pero como estos rigoristas no hacian gran caso de las firmas ni de las abjuraciones contradictorias, retractaron por escrito sus opiniones todos los que parecieron sospechosos, y abjuraron los puntos de doctrina en que no convenian los sacramentarios con la confesion de Augsburgo. No tardaron éstos en vengarse en el Palatinado, donde dominaban desde que el Príncipe Casimiro habia introducido en él la reforma